



EL ECO DE CARTAGENA

ANO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11841

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 1 DE MAYO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lovette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

EL MES DE MAYO

El poético mes de las flores, tan cantado por los poetas; el dedicado por la Religión á ensalzar las gracias y virtudes de la Virgen Madre; el en que la naturaleza se ofrece en la plenitud de sus radiantes galas ha hecho su aparición.

Lo inician los obreros, celebrando su institución de fiesta del trabajo; lo anuncia el órgano, llenando el templo de notas armónicas que escalan las alturas, envueltas en las oleadas del incienso; lo saludan temblorosas las flores, llenando los espacios de perfumes; lo cantan los pájaros asociando sus trinos al rumor de la fuente, al susurro del aura, al dulce quejido de la blanda ola que se arrastra perezosa en la playa, convertida en espuma; al zumbido del volador insecto que brilla al sol naciente, cubierto por el rocío de la noche como diamante alado, formando el todo brillante y sublime concierto con que la naturaleza da gracias al autor de lo creado que le permite volver á la vida.

El cuadro es hermoso, mas tiene su fondo triste. Paralelamente á ese despertar de la naturaleza, que engalana la tierra con hojas y flores y los árboles con frutos y nidos, despiertan con fuerza las pasiones, no las que dan la vida y llevan á la gloria, sino las que atizan los odios, recrudesciendo los rencores.

En la fiesta del trabajo, no todo es alegría. Viven descontentos los trabajadores, por que aún no han alcanzado todo lo que piden; pero entre las frases de esperanza de los oradores, coreados por los concurrentes á los meetings, se escucha el lamento de los obreros andaluces, que muriéndose de hambre por falta de trabajo, hacen uso por burlas de la suerte, al concierto de trinos, ruidos y ruidos con que

la naturaleza salta su vuelta á la vida

Y esos pobres huelguistas madrileños... lo temíamos. Las empresas explotadoras de tranvías, han contratado nuevo personal. En España, donde escasea el trabajo, y hay millares de obreros sin ocupación, no era difícil conseguirlo; y apenas publicado el anuncio, han valido millares de solicitantes, naufragando entre esa avalancha de obreros famélicos que luchan desesperados por la vida propia y por la existencia de sus hijos, las esperanzas de los que flaban á la huelga el logro de sus aspiraciones.

Entre los centenares de infelices que obran lo á impulsos de la solidaridad, dejaron el trolley ó la cartera para reducir á los patronos, habrá muchos, los más, que tendrán hijos; y al acordarse de ellos y de la situación en que su voluntad los pone ¡qué de amarguras deberán de sentir!

No juzgamos la huelga de Madrid, ni la de Barcelona, ni las que teniendo menos importancia, salpican al presente todas las regiones españolas; no juzgamos ninguna de esas manifestaciones violentas de la lucha del capital con el trabajo. No somos enemigos del obrero. Trabajadores nosotros también, les tenemos cariño y lo hemos demostrado en ocasión reciente; y en el momento en que hemos sufrido las tristes consecuencias de esa lucha de elementos que deben ser afines y se manifiestan contrarios, nuestra boca ha permanecido cerrada sin modular la más pequeña queja. A nadie hemos acusado, ni de nada nos hemos dolido.

No somos enemigos del obrero. ¡Si lo somos también y damos á la sociedad nuestro trabajo! Pero nos duele que en esa lucha cruel en que casi siempre resulta vencido el que trabaja, resulten como des-

pojos del combate, muchos hogares desolados.

¿No hay camino mejor que el de la huelga para llegar al objeto deseado? ¿No daría resultado más feliz el arbitraje?

Algo habría para evitar la huelga; pero en todo caso, si se impulsara con fuerza irresistible ¿no sería mejor acudir á ella en último término, ya que el plantearla pone en peligro la vida del hogar del obrero?

TIJERETAZOS

En cualquier día y de cualquier periódico:

«Ha salido para Villacaneva el candidato por aquel distrito E. Canuto Tortas, cuyo triunfo se considera asegurado».

«Pero es que así va á aumentar el número de padres de la patria».

«Porque los que tienen asegurado el triunfo son dos ó tres mil».

«No hay uno entre tantos que tenga asegurada la derrota».

En la villa de Elgoibar ha sido herida una mujer por dos hombres.

¡Buen par de valientes!

La langosta que ya se enseñoreaba de Badajoz, Toledo, y Ciudad Real, ha saltado hacia Cataluña.

Afortunadamente disponemos de una buena cosecha.

Y se la comerá si el señor Villanueva no echa sobre los campos un río de gasolina.

Leemos:

«Todo el oro que existe en el mundo podría colocarse, fundido en lingotes en una caja de base cuadrada de 24 pies de lado y 16 de alto».

Todo el oro que hasta aquí han producido California y la Australia cabría en una caja de 9 pies de lado.

Tan pequeña es la cantidad de metal amarillo que tanto ha dado que hacer á la humanidad.

Vamos, ya no extraño que de esa cantidad tan pequeña no me haya tocado la parte más mínima.

Dice *The Standard* que Rusia está organizando dos cuerpos de ejército que serán destinados á defender el ferrocarril de la Mandchuria.

¿Para eso nada más? Y esa noticia que da el diario de Londres, es para que se enteren sus lectores solamente.

Rusia enviará á la China esos cuerpos de ejército para hacer frente á lo que venga y «The Standard» apunta la noticia para que se entere Chamberlain.

No pasaremos de listos.

Los panaderos de Madrid han encontrado un martingala para subir el pan sin parecerlo.

Los carniceros han sido más francos. Han subido el precio á la vista de todos. Y se preparan á darle otro empujón.

Como las cosas no varien de camino va á haber que mirar los alimentos como los astrónomos miran las estrellas. Con telescopio.

LOS JEFES BOERS

El conde Sternberg, oficial austriaco, íntimo amigo que fué de Villebois Moreuil, junto al que combatió muchas veces acaba de publicar en Londres una obra titulada «Recuerdos de la guerra boer».

El conde Sternberg pinta á Villebois como «un magnífico oficial, poseyendo el carácter alegre de los franceses y sabiendo tomar por el lado agradable cualquier asunto.» No podía identificarse con la naturaleza y conducta de los boers. Como viejo soldado, sus actos le parecían incomprensibles, y más aún sus triunfos.

En su concepto, Botha era su mejor general, y en cambio tenía á Joubert en muy mediana opinión.

Villebois Moreuil no sentía voluntad por los ingleses, al contrario, decía que los franceses tenían en ellos peores enemigos que los prusianos, no obstante elogió el valor de sus soldados.

El conde Sternberg conoció también á De Wet, Steijn, Dalari y Kronje. El primero «de baja estatura, modesto en todos sus actos, existiendo algo de humilde en su aspecto»; Steijn es un modelo de sinceridad y de candor; Delarey robusto y de continente digno, de magnífico perfil y con nariz aris-

tróticamente recurvada y usando una larga barba que le daba más aspecto de profeta que general.

Kronje, según el conde Sternberg, «posee más corazón que cabeza, su vanidad le brota por los ojos. Odiaba á los ingleses con toda su alma y sentía profundo menosprecio por su manera de hacer la guerra. Para él un inglés es la encarnación de todos los vicios.»

Según aquel oficial austriaco, el número de boers en campaña nunca ha excedido, no contando los rebeldes coloniales, más de 35.000 combatientes.

Los boers economizan admirablemente sus municiones y nunca tiran al azar.

El conde Sternberg hace el mayor elogio de la raza boer.

«Aquí nos los figuramos semi salvajes; pero yo diré solamente que son bastante más civilizados que nuestros campesinos. Es un pueblo orgulloso de sí mismo, bien educado y dotado de nobles instintos.»

El oficial austriaco á quien nos referimos ha presenciado el sitio de Kimberley y asistió más tarde á la capitulación de Paardeberg, y como comprendía la estrategia de lord Roberts trató en vano varias veces de persuadir á Kronje de que los ingleses le envolverían. En aquella capitulación fué hecho prisionero Sternberg y puesto en libertad bajo su palabra de honor.

Nuestra marina mercante

La subsecretaría del ministerio de Marina ha publicado unos cuadros estadísticos demostrativos del estado de la Marina mercante española en 1 de Enero de 1901.

Se compone, según estos datos, de 646 buques de vela y 574 de vapor, mayores de 50 toneladas. De vela, mayores de 1.000 toneladas, solo hay seis, de los cuales cinco corresponden á la matrícula de Barcelona y uno á la de la Coruña. De este desplazamiento de vapor hay 262, de los cuales figura Bilbao por 457; es decir, más de una quinta parte del total de buques de vapor.

Comparados estos datos con los que arroja la estadística del año 1900, resulta un aumento de 114 buques de vapor, mayores de 50 toneladas, y una disminución de 21 buques de vela de este mismo desplazamiento.

RENATA MAUPERIN

320

RENATA MAUPERIN

346

—Vamos, M. Mauperin—decía Denoisel...—A la edad de Renata siempre quedan recursos.

El padre apoyó los codos sobre la mesa y de sus ojos se desprendieron abundantes lágrimas.

—Pero, en fin, no está desahuciada por los médicos... Aún hay esperanza.

M. Mauperin movió la cabeza, y sin responder, continuó llorando.

—No está desahuciada...

—Pero si ya estás viendo que sí, aunque no quiero decirte—exclamó estallando M. Mauperin.—En estas situaciones se tiene miedo de todo... Y hasta parece... que hay palabras que llaman á las cosas... y esa... parece que es la que mata á mi hija. Y, además, ¿por qué no un milagro? Los médicos en suos me han hablado de milagros... Aún se levanta y eso es ya mucho... Y desde hace dos días observo cierta mejoría... ¡Y además, dos en un año sería demasiado! ¡Sería demasiado!... Pero comes, no comes nada—y M. Mauperin puso un gran trozo en el plato de Denoisel.—En fin es preciso ser hombres... Vamos, ¿qué hay de nuevo en París?...

—Nada que yo sepa... Mad. Davarande me leyó una de las cartas de V.; pero está muy distante de juzgar á su hermana tan grave.

—¿Y de Baronesse no tiene noticias?

LXI

Algo más, somos muy desgraciados—decía después M. Mauperin á Denoisel, que acababa de bajar de un coche de alquiler.—Tenía el presentimiento de que vendría... Ahora duerme... Mañana la verá y la hallará bien cambiada... Pero, ahora debes tener apetito.—Y le hizo entrar en el comedor, donde se le improvisó una comida.

Jos de países que ya no recuerdo.

Y abriendo sus grandes ojos y colocando sobre las sábanas las manos abiertas, pareció estar buscando dónde había estado y de dónde venía. Un recuerdo confuso, una pálida memoria era lo que le quedaba de espacios, de extensiones, de lugares indeterminados de esos mundos y esos limbos á donde van los enfermos durante sus últimas noches en la tierra, regresando asombrados, con el aturdimiento y el estupor de lo infinito, como si en su sueño olvidado hubieran sentido ya el batir de alas de la muerte.

—No es nada—siguió diciendo al cabo de un momento—es el opio... que me dieron para que me pudiera dormir.

Y haciendo un movimiento como para ahuyentar su pesadilla... «Ténme el espejito... para que yo me peine... más alto... Los hombres sois de una torpeza...»

Abneó sus cabellos, pasando por ellos sus enflaquecidas manos y arreglando el adorno de encaje que estaba torcido.

—Ahora, hableme; tengo ganas de que me hable. Y cerró los ojos mientras hablaba su padre.

—Renata, estás fatigada y voy á dejarte descansar—dijo M. Mauperin, viendo que ella parecía no oírle.